

Fernando García de Cortázar  
José Manuel González Vesga

# **BREVE HISTORIA DE ESPAÑA**

Nueva edición actualizada

Alianza Editorial

Primera edición: 1994  
Undécima edición, revisada y actualizada: 2022

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, 1994, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-826-4

Depósito legal: M. 7.585-2022

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

Capítulo 1. <i>España inacabada</i> .....	7
Yo no canto la historia que bosteza en los libros.....	7
El mar alrededor de España .....	8
Cicatrices en la piel peninsular .....	13
A grandes voces llama el que en buena hora nació .....	21
Las dos coronas .....	28
El modelo imperial agoniza .....	34
Nación y libertad .....	40
Dictadura y dividendos .....	45
España en positivo .....	53
Capítulo 2. <i>El salto a la historia</i> .....	56
Aires de Centroeuropa .....	56
Una ventana al Mediterráneo .....	59
Y por fin... Cádiz .....	61
La estela fenicia .....	62
Colonizadores o comerciantes .....	64
Cataluña griega .....	65
La cultura de la convivencia .....	66

Capítulo 3. <i>El país de la plata</i> .....	68
La leyenda de Tartessos .....	68
El tesoro andaluz .....	69
La trinidad tartésica .....	70
La rica Huelva .....	70
A orillas del Betis .....	71
Rumbo al océano .....	71
Geryon, Gárgoris y Argantonio .....	72
El colapso del estaño .....	73
Cultura e iberismo .....	74
Iberia de las tres damas .....	75
Capítulo 4. <i>Entre Dido y Rómulo</i> .....	82
Memoria de África .....	82
La zanahoria y el palo .....	84
<i>Para bellum</i> .....	86
Sagunto sacrificada .....	87
Escipión hispánico .....	88
El camino de Finisterre .....	89
<i>De bello civili</i> en Hispania .....	91
Capítulo 5. <i>La agonía del indigenismo</i> .....	94
Roma contestada .....	94
Del campo al foro .....	96
La historia conduce a Roma .....	100
Impuestos y centuriones .....	102
El cuerno de la abundancia .....	104
La despensa romana .....	107
El orden capitolino .....	109
La gloria de Adriano .....	111
Soldados de Cristo .....	112
El senequismo .....	114
Capítulo 6. <i>Roma decadente</i> .....	116
El Imperio desordenado .....	116
El triunfo del campo .....	118

La economía de la soledad .....	120
Atados a la tierra .....	122
Los agujeros del Imperio .....	124
Llegan los bárbaros .....	126
 Capítulo 7. <i>El bautismo del godo</i> .....	 130
La derrota del sur .....	130
Dos pueblos en un reino .....	131
La Hispania visigoda .....	135
El trono y el altar .....	136
La corona de barro .....	138
Los nuevos aristócratas .....	140
La frágil monarquía .....	141
La cuenta atrás .....	143
 Capítulo 8. <i>La puerta de Occidente</i> .....	 145
El sueño de Medina .....	145
Oriente contra Occidente .....	147
Adiós a Bagdad .....	149
El primer traspie .....	150
Córdoba de las luces .....	152
El alba de las ciudades .....	154
El Parnaso andalusí .....	157
Campos de estrellas .....	159
Córdoba, herida .....	163
El reino del arado .....	165
 Capítulo 9. <i>Los reinos cristianos</i> .....	 168
Cruzada contra guerra santa .....	168
El reparto del botín .....	170
Curas, soldados y labriegos .....	173
La dehesa se agranda .....	177
Vaivenes urbanos .....	179
Las primeras Cortes europeas .....	180
Las Navas de la unión .....	184

Baluceos novedosos .....	186
El canto del cisne .....	188
Capítulo 10. <i>Don Carnal y Doña Cuaresma</i> .....	191
<i>Primus inter pares</i> .....	191
Labradores estancados .....	197
Vivir de la lana .....	201
Banqueros mejor que reyes .....	204
La paz de los caminos .....	206
En el altar de Mercurio .....	209
El reino de los violentos .....	211
Al margen de Dios .....	217
Nace el Estado .....	219
El laberinto italiano .....	223
Capítulo 11. <i>La monarquía universal</i> .....	228
Una sola corona .....	228
Mangas verdes y sambenitos .....	232
Los pilares del Imperio .....	234
Nace en las Indias honrado .....	237
... y es en Génova enterrado .....	240
Miré los muros de la patria mía .....	242
... si un tiempo fuertes, ya desmoronados .....	243
... de la carrera de la edad cansados .....	246
... por quien caduca ya su valentía .....	247
Un monarca, un imperio, una espada .....	250
La ínsula Barataria .....	259
La misa y la olla .....	262
Rebeliones comuneras .....	267
Estómagos violentos .....	270
El rey burócrata .....	273
Arcabuces españoles .....	278
Poderoso caballero.....	280
El cáncer monetario .....	287
Cuando se pone el sol .....	291
Audacia clásica .....	296

Los reyes mecenas .....	301
El pensar recio .....	307
Elogio de la lengua .....	310
El oro de las letras .....	316
Capítulo 12. <i>El siglo de los proyectos</i> .....	323
El precio a la dinastía .....	323
Las raíces de la nueva planta .....	328
Barcos y doblones .....	330
El clero bajo cetro .....	334
La monarquía positiva .....	336
El campo de los Borbones .....	341
Los perdedores .....	346
Las buenas compañías .....	351
La bisagra de Esquilache .....	355
Utopía en Paraguay .....	361
Burguesía y burguesías .....	364
El hambre amotinada .....	373
Soñadores y monstruos .....	382
El asalto a la caverna .....	384
La manía de pensar .....	388
Revolución sin barricadas .....	392
El criticón de palacio .....	396
Capítulo 13. <i>El rapto de España</i> .....	401
El imperio de la discordia .....	401
Constituciones en precario .....	412
La tertulia política .....	422
El peso de la letra .....	425
Ministerios y cuarteles .....	429
La Virgen comandante .....	432
Haciendo España .....	435
La libreta nacional .....	440
La nación, amaestrada .....	443
La tierra no revive .....	446
El campo sueña .....	451

Financieros poco románticos .....	459
El tropiezo de Minerva .....	466
Nueva Fenicia .....	478
El encanto burgués .....	490
Con el desengaño a costas .....	500
 Capítulo 14. <i>La burguesía satisfecha</i> .....	 506
La abulia ciudadana .....	506
Hacer las Américas .....	511
Cielo y dinero .....	514
El patriotismo alborotado .....	521
Contra el rey .....	523
Contra España .....	528
La primera dictadura .....	533
Con las primeras hojas de los chopos .....	541
Caminando entre fusiles .....	551
Aquí yace media España .....	559
La democracia de Barrabás .....	563
Sobre las flechas, cruces .....	568
Orgullosamente solos .....	571
 Capítulo 15. <i>Los nuevos españoles</i> .....	 578
El final de la siesta .....	578
Cara al sol .....	582
Pacto por el futuro .....	585
Los negocios mandan .....	590
El bienestar subversivo .....	595
Después de Franco... ¿qué? .....	599
La aldea constitucional .....	603
Demócratas arrogantes .....	609
 Capítulo 16. <i>Cambio de siglo</i> .....	 617
Momentos olvidables .....	617
La derecha de seda .....	622
Rebelión en el Norte .....	627



La casa en orden .....	630
Un centro para España .....	637
Vértigo nacionalista.....	639
El efecto 2000.....	650
La feliz economía .....	655
Pancartas y barricadas .....	661
Capítulo 17. <i>La dudosa modernidad del siglo XXI</i> .....	667
La improvisación al poder .....	667
Cegadora periferia .....	669
Crispación por control remoto .....	671
Las trampas del diálogo .....	673
Todos los trenes llevan a Barcelona .....	675
Disparates diplomáticos.....	676
El nuevo talante.....	679
Juegos de prestidigitador .....	681
De la euforia a la crisis .....	682
La cruda realidad.....	684
Los demiurgos de la opinión .....	686
Órdago nacionalista.....	688
Acampados en Sol.....	691
Políticos de dote oscura.....	692
Esclavos del mercado.....	694
El final de la improvisación.....	697
España en crisis .....	701
Cruzada contra el despilfarro .....	704
El acoso a las clases medias .....	708
La crecida del independentismo .....	709
Estalla la corrupción .....	713
Desafío al bipartidismo .....	716
Nuevos actores, viejos problemas .....	720
Capítulo 18. <i>Tiempos revueltos, nos queda la palabra</i> .....	735

Apéndices .....	757
Monarcas hispanos .....	759
Reyes y Jefes de Estado de España .....	765
Gobiernos y primeros ministros. Siglos XIX-XXI.....	767
Fechas que completan la <i>Breve historia de España</i> .....	775
Pistas de los autores al lector interesado .....	813
Índice analítico .....	819
Índice onomástico .....	875
Mapas .....	897

# CAPÍTULO 1

## ESPAÑA INACABADA

Yo no canto la historia que bosteza en los libros,  
ni la gloria que arrastran las sombras de la muerte.  
¡España está en nosotros...!

Eugenio de Nora

¿Historia de España o historia de los españoles?, no le resulta fácil al historiador de final de siglo, liberado de las tentaciones de *uniformidad* decimonónica, decidirse a elegir un término adecuado a los últimos tres mil años de crónica peninsular. Espacio geográfico, protagonistas humanos, *sentido nacional*, parecían hasta ayer sinónimos y, sin embargo, en el presente no son unánimes los sentimientos de quienes quedaron englobados, por la fuerza de la geografía y la historia, en esa comunidad llamada España. A veces, la conciencia de pertenecer a una misma familia y la lucha por defenderla del extraño se impusieron sobre cualquier pensamiento; otras, se exageraron las diferencias, buscando romper los vínculos estrechados por los años entre las culturas peninsulares. En un tiempo, la convivencia pacífica de lenguas y religiones resultó casi natural, en otro se consideró un desatino. Pero desde el siglo XIX, una misma ideología, el nacionalismo, gangrena los desacuerdos al inventar términos excluyentes: España frente a Catalunya, Euskadi o Galiza. Mediatizados por ella, políticos e intelectua-

les no se conforman con disfrutar plácidamente del patrimonio recibido, sino que manipulan los testimonios de nuestros antepasados haciéndoles protagonistas de preocupaciones modernas.

Con el compromiso de soslayar tales prejuicios, el libro que aquí arranca es una exposición de nuestros siglos de historia, de sus crisis y titubeos, de sus logros socioeconómicos y de sus esperanzas de mejora. Destacamos, asimismo, el esfuerzo de los pensadores por hacer de la amalgama peninsular una Nación, lo que hoy justifica nuestra crónica. Y, por supuesto, la *Breve historia de España* no ha de ser sólo la de sus reyes y héroes, sino también la del arado y la oveja, los viajes marítimos y la burocracia, las leyes y los libros, y, sobre todo, un recuerdo de quienes aguantaron los golpes de la esclavitud, la explotación o el dolor..., que las retóricas *patriotas* olvidan. Nuestro deseo imposible, el mismo de Lord Acton al aceptar el encargo de dirigir la *Cambridge Modern History*, que este «Waterloo sea satisfactorio para franceses e ingleses, alemanes y holandeses, por igual».

Rodeada de mar y excéntrica en Europa, la posición geográfica de la Península Ibérica determina su itinerario histórico, sobre todo en la Antigüedad, cuando la capacidad humana para soslayar los inconvenientes de la naturaleza era escasa. Con la temible barrera de los Pirineos, el territorio parecía condenado a permanecer recluso en sí mismo, irreductible a los fenómenos culturales que llegaban del norte. Sin embargo no fue así: los flujos *européizantes* lograron traspasar esta frontera, aunque siempre con un cierto retraso y después de notables transformaciones antes de aposentarse en Iberia. La herencia continental llegaría, sí; pero con tantos añadidos y mestizajes que imponen un sello original a las creaciones hispanas del mundo antiguo y el medievo. Cuando los modernos medios de transporte revolucionen las comunicaciones en los siglos XIX y XX, la traba física terminaría transformándose en frontera psicológica. El lema «África empieza en los Pirineos», tan despectivo de nuestros vecinos norteños, y de algunos intelectuales domésticos, no es más que la constatación de esa es-

pecificidad cultural del ámbito peninsular, difícil de asimilar a las categorías de los países desarrollados.

Y es que, junto a su condición europea, España ha permanecido maniatada al continente africano, del que más que separar, el estrecho gibraltareño fue puente hasta la Edad Moderna. La eterna propensión de los peninsulares a mirar con recelo al sur, origen de continuas invasiones y pillajes, empujó a los gobernantes a imbuirse de un espíritu intervencionista en el norte de África. Herencia de Roma, Córdoba y Castilla que se prolonga en el siglo xx con el protectorado marroquí, vuelve a asaltarnos en los albores del XXI ante el espectro de los inmigrantes magrebíes, contra los que tomamos, como en el medievo, el papel de *defensores de la fe*, bien que ahora, económica.

Enclave entre el norte europeo y el sur africano, la Península vivió pronto la desdicha de convertirse en campo de batalla de ambos mundos pero también la suerte de ser solar de encuentro de sus pueblos, en un inacabado proceso de mestizaje de culturas y sangre que ella expandiría luego a las tierras americanas.

Asimismo, Iberia gozó desde tiempos remotos de las esencias mediterráneas por más que en el gran mar ocupase un lugar extremo, alejado de las metrópolis culturales. La riqueza de su subsuelo y las cosechas de sus campos atrajeron a los navegantes fenicios, griegos, cartagineses, romanos y musulmanes, quienes le concedieron un puesto de honor en el espacio que constituirá el foco de la civilización occidental hasta la Edad Moderna. Gracias a las arriesgadas travesías de comerciantes, guerreros o sacerdotes, la Península mantuvo correspondencia con las tierras del Oriente Próximo, el mar Egeo o el Mediterráneo central, donde importa novedades culturales y savia humana. Camino de ida y vuelta, durante la Edad Media la Corona aragonesa devuelve la visita con su afición al Mediterráneo, contagiada a la monarquía hispánica de los Austrias.

Por otro lado, el esfuerzo de *españoles* y portugueses en el siglo xv elevó la condición atlántica de la Península e impuso a

Europa esta nueva perspectiva al abrirle un mundo desconocido, América, y redondear la imagen de la Tierra. Si los pueblos orientales hicieron *mediterránea* a Iberia, ésta supo agradecer su gesto *atlantizando* Europa con el sacrificio de sus hombres y la mejora de las técnicas del Renacimiento. A lo largo de cuatro siglos la querencia americana sería el centro de gravedad de la historia peninsular, a costa de la mediterránea e, incluso, de la continental. Sólo en el XIX, la independencia de las colonias rompe el cordón umbilical de España y América: una nación desorientada se repliega sobre sí misma mientras una retórica vacía agosta la anterior cosecha. Aunque en el siglo XX los lazos parecieron estrecharse, con el ingreso en la Comunidad Económica (CEE) es España la que abandona a su suerte a Hispanoamérica en su afán por recuperar el tren de Europa. Obsesionados desde el siglo XIX por la industrialización y el desarrollo europeos, los españoles dilapidan su herencia atlántica y mediterránea, el mejor regalo a ese proyecto continental. A la España reconcentrada sucede, pues, la *Minieuropa* ensimismada.

Si la ubicación de la Península ha tenido notable influencia en su historia, lo mismo puede decirse de su estructura interna, dominada por una orografía abrupta donde las comunicaciones han resultado muy difíciles hasta el siglo XIX. Un escollo, que ha impedido el acceso de las corrientes exteriores a los ámbitos peninsulares y un desarrollo económico y político homogéneo. Frente a las receptivas tierras costeras, la Meseta sufre aislamiento por largos períodos, bloqueada por las cadenas montañosas del Sistema Ibérico, las serranías béticas y las cumbres cantábricas y galaicas, entorpecedoras de las relaciones entre el norte y el sur, el este y el oeste. La orografía rompe la Península en distintas regiones geográficas –Meseta, cornisa cantábrica, Galicia, valles del Ebro y del Guadalquivir, costa levantina, Cataluña– que, con el quehacer de la Historia, cristalizarán en una honda *comarcalización* cultural.

A las altas tierras meseteñas y montañosas, víctimas de un clima riguroso, escasa lluvia y pobres suelos, se oponen las feraces depresiones del Ebro y del Guadalquivir donde la agri-

cultura prende con fuerza desde la llegada de los primeros colonizadores mediterráneos. En el interior la ganadería será la salvación tanto de las tribus celtíberas como de romanos, visigodos o pueblos norteños. Después, la lucha contra el Islam de los reinos castellano-leonés y aragonés da nuevo aliento a esta especialidad pastoril, que hará de la oveja el animal rey. En la Edad Moderna, el apoyo de los poderes públicos, deseosos de capitalizar el tirón de la demanda europea de lana, reforzará el poder de la oveja frente al arado hasta el XVIII, en tanto las cañadas trashumantes pasan a ser las más transitadas vías de comunicación del país.

Mientras, los valles orientados a la producción agrícola no permanecen ajenos a los influjos foráneos, en ellos dominan las corrientes culturales del Mediterráneo y la agricultura tiende a adaptarse a los gustos y saberes de los hombres venidos de Oriente. Cartago introduce algunos árboles frutales e impulsa el cultivo de los cereales y las fibras. Roma organiza las cosechas alrededor de la tríada mediterránea –vid, olivo, trigo– que arraiga en Andalucía, Levante y valle del Ebro, prolongando sus raíces hacia la Meseta. Finalmente, el Islam robustece la militancia agrarista del sur y el este peninsular con la importación de nuevas especies hortofrutícolas desde Asia y el norte de África, en competencia con los reinos cristianos, que bregan por imitar la agricultura *romana* en los espacios reconquistados, aun en los menos aptos, a la búsqueda de la autarquía agraria regional.

La primera gran *revolución* en la agricultura clásica llega con el descubrimiento de América, cuando en un mutuo intercambio *ecológico* gran número de plantas –maíz, patata, tomate, caña de azúcar, algodón, vid– cruzan el Atlántico en ambos sentidos. De momento, las colonias salen más beneficiadas pero las nuevas especies americanas permitirán ganar tierra al arado en la Península y mejorar los rendimientos, iniciando una especialización comarcal que no cesa hasta el triunfo de la agricultura *comercializada* del XIX. Entonces, cada territorio peninsular comprende la necesidad de concentrar su esfuerzo en aquellos productos históricos para los que se hallaba mejor

dotado: surge el paisaje del olivar en Andalucía, del cereal en Castilla, de los frutales en Valencia, del viñedo en los campos de Jerez o en La Rioja, de la caña azucarera en las vegas de Granada y del maíz en la cornisa cantábrica.

Quizás el mayor obstáculo al desarrollo agrario de los dos últimos milenios hayan sido las escasas lluvias recibidas en muchas de las regiones españolas del interior, Andalucía y Levante, y, paradójicamente, los devastadores efectos de las aguas torrenciales en las zonas mediterráneas. Por ello, la lucha contra la sequía es tarea tenaz de los habitantes de la Península, sobre todo en áreas con recursos hidráulicos, como las del Ebro y el Guadalquivir, aunque tampoco faltarán iniciativas en la Meseta. Roma recupera los trabajos de Cartago en las huertas levantinas ampliándolos a la Bética y el valle del Ebro, y de su ímpetu disfruta el Islam, que mejora las expectativas con nuevas técnicas orientales y más acequias. Los reinos cristianos se preocupan del agua desde la baja Edad Media pero la política hidráulica no adquiere vigor renovado hasta el siglo XVIII con los monarcas ilustrados: el regadío constituía el eje primordial de su proyecto de modernización de la agricultura española al igual que para Prieto y la Segunda República.

La *falta de agua* se agrava, en pleno siglo XIX, con el ensanche de las ciudades, la industrialización y la agricultura especializada, que consumen agua a manos llenas sin reparar en su *coste*. Ni siquiera el trabajo regulador de las cuencas con los pantanos de Primo de Rivera y Franco permitió atajar el mal. Es meritorio, no obstante, el esfuerzo de nuestra época por superar la regionalización de las políticas del pasado –atentas únicamente al aprovechamiento de las aguas fluviales dentro de unos circuitos muy restringidos– para buscar un equilibrio entre las cuencas peninsulares. La construcción del trasvase Tajo-Segura (1967-1980) simboliza el cambio de objetivos, al que podrán añadirse en un futuro no muy lejano otros más, de aplicarse la ley socialista de aguas.

Ante los planes gubernamentales han surgido, sin embargo, reticencias y rechazos de algunas comunidades que, como



Aragón, ven *trasvasar* uno de los pocos bienes de que disponen para su desarrollo en favor de otras ricas, consumidoras netas por su índice de industrialización, sin las suficientes compensaciones. Parece llegado el momento de calibrar el verdadero valor del agua, bien escaso y *materia prima* de la industria, los servicios y la agricultura. El trasvase de los excedentes de las comunidades pobres a las adineradas debe venir acompañado del traslado de algunos grandes consumidores de las opulentas a las menesterosas a fin de evitar su virtual despoblación. Asimismo, resulta fundamental valorar los beneficios *reales* de cierto modelo de agricultura, basado en un gasto de agua desmedido, que presiona sobre los acuíferos subterráneos impidiendo su regeneración o arruinándolos al aumentar la salinidad de las aguas.

En compensación a las dificultades impuestas por las barreras montañosas, sus entrañas ofrecieron a los peninsulares los más ricos yacimientos minerales de la Europa occidental. Plata, cobre, plomo, mercurio, hierro..., todos se encontraban en abundancia. Tras el brillo de la plata y el cobre, fenicios y griegos compitieron por dominar el comercio con El Dorado del mundo clásico; Cartago descubrió en las minas andaluzas y murcianas los cimientos de su poderío y Roma parte del oro con que pagar sus ejércitos. En la Edad Media, la minería languidece y con el Imperio se hace, sobre todo, americana: picos y fundiciones se embarcan en los galeones para explotar la plata peruana o mexicana aunque no falte el trabajo de los ferrones, en torno al hierro vizcaíno, y el de los esclavos y convictos, encadenados al azogue de Almadén. Es en el siglo XIX cuando España renueva su posición de gran productor europeo horadando el suelo de Vizcaya, Asturias, Santander y Andalucía.

Todo este desarrollo económico y demográfico deja feas cicatrices en la piel peninsular. Las explotaciones mineras siembran las montañas españolas de cráteres, arrasando el patrimonio de sus crestas y laderas. Con dificultad se podrán olvidar las imágenes de los pozos de Almadén o el paisaje lunar de los montes de Triano en Vizcaya, los depósitos de gan-

ga, que desde tiempo de Cartago y Roma se acumulan en la región murciana, o los desechos de la minería del carbón en los valles asturianos. Y no solamente aquí, en Galicia la actividad de los esclavos romanos redujo a escombros montes enteros; los gases emanados por las fundiciones de plomo asolaron la vegetación de Linares y Puertollano; y el lavado de los minerales tiñó de rojo los ríos Tinto y Odiel, y de negro los arroyos cantábricos en tanto los residuos colmataban en menos de un siglo la bahía murciana de Portmán. Un nuevo atentado que añadir a los contaminantes efectos de la industria química y papelera en los ríos vascos, gallegos y catalanes y a la peligrosa compañía de nitratos y pesticidas en los acuíferos subterráneos, debido a los excesos de la agricultura del siglo xx.

Otros dos fenómenos, estrechamente relacionados, avalan la decadencia ecológica del territorio: la muerte de extensas áreas de bosque autóctono y el zarpazo continuo de la erosión. Los escritores grecorromanos llegaron a conocer la formidable masa arbórea que cubría la Península Ibérica hace más de dos milenios. Compuesta de frondosas de hoja caduca en el norte húmedo –hayas, robles, castaños– y de bosque mediterráneo –encinas, alcornocques, madroños– y matorral en la Meseta o Levante, la *selva* peninsular se vería muy pronto mermada por el empuje *civilizador*. Las agresiones pioneras tienen lugar en Andalucía con el despertar de las comunidades agrícolas y la actividad a gran escala de la metalurgia en el primer milenio a.C. El consumo de madera en las fundiciones indígenas acabó con la cubierta vegetal de Sierra Morena, cuyos suelos son arrastrados por las lluvias y el río Guadalquivir hasta rellenar las lagunas costeras de su desembocadura y dar origen a las actuales marismas de Doñana. También la agricultura romana es responsable de la mengua del espacio *virgen* en la Bética, Levante, Extremadura, valle del Ebro y en torno a las ciudades y *villae* meseteñas, al reemplazar las áreas de cultivo los viejos ecosistemas naturales.

La tala avanza con prisa en la Edad Media, a impulsos de la política de tierra quemada desarrollada por los contendientes

en Castilla y Aragón, de la progresiva *humanización* del paisaje al norte del Duero y del desahogo de los olivos, frutales y huertas por los valles andaluces, valencianos y aragoneses, en poder del Islam. A pesar de las roturaciones, acompañadas al crecimiento demográfico, los espacios naturales norteños descubren un seguro de subsistencia en el modelo de reparto del *terrazgo*, al quedar adscritas gran parte de las zonas boscosas a aprovechamientos de tipo comunal que evitaron su destrucción. El equilibrio medieval entre la tierra cultivada y el suelo virgen se reproduce luego en las grandes propiedades nobiliarias del sur, que conservarán parte de sus áreas montaraces por la falta de mano de obra y la ganadería. El adhesamiento permite así la vida de enclaves naturales en Sierra Morena o los Montes de Toledo, a la vez que la pérdida de especies vegetales y los riesgos de la deforestación alientan a finales de la baja Edad Media los primeros proyectos legislativos de defensa del bosque.

Con el fin de la Reconquista y el auge del Imperio, la naturaleza vuelve a sufrir el ataque depredador del hombre. La necesidad progresiva de alimentos y el tirón del comercio americano fuerzan nuevas roturaciones en terrenos marginales de Andalucía, ambas Castillas, Levante, Cataluña, sin tener en cuenta el rendimiento decreciente de los suelos, mientras la oveja exige más y más pasto a costa de los árboles. En la cornisa cantábrica, los Pirineos y el Sistema Ibérico, la demanda de la construcción naval y el consumo de la industria *ferrona* reducen a cenizas el bosque húmedo, al caer abatidas las especies de lento desarrollo –haya, roble– en beneficio de otras de vida rápida, a menudo importadas del continente americano. Sólo la crisis del xvii pone freno temporal a esta furia: el despoblamiento castellano fomenta incluso un retorno del sotobosque degradado. Mejor suerte corren los islotes vírgenes andaluces, manchegos y extremeños, dispensa del ganado vacuno y de cerda. Su buena estrella declina, no obstante, con los repartos de Carlos III; olivos, vides, cereales y frutales ganan la partida al bosque extremeño, como en Valencia y Cataluña a las lagunas y albuferas desecadas.

El gran mazazo lo recibe el bosque peninsular en el siglo XIX, particularmente tras la desamortización de Madoz. Al privatizarse los comunales, las masas arbóreas caen bajo el arado en las regiones de agricultura más rentable. Igualmente, en las zonas escarpadas, la demanda de la industria siderúrgica y papelera de Andalucía, País Vasco y Cataluña fuerza la tala y la invasión del pino *insignis* y el eucalipto en Galicia, Cantabria, País Vasco y serranías béticas. El panorama del siglo XX es catastrófico, a pesar de las reservas naturales y los espacios protegidos. La imprescindible política de obras públicas –pantanos, carreteras, líneas de ferrocarril– hace jirones de la corteza peninsular, en tanto el crecimiento de las grandes ciudades y la oferta masiva de turismo devoran amplias parcelas de la naturaleza. Buscando la *productividad* inmediata, las leyes que regularon la *concentración parcelaria* en el norte mataron la masa forestal y arbustiva de los ribazos, linderos y caminos castellanos. Y para coronar el panel de desgracias, la plaga de los incendios veraniegos, en los que se conjugan las sequías, la negligencia y el negocio, calcina cada año las reservas vegetales de Castilla, Valencia, Galicia y el sureste.

Desde los años ochenta del siglo XX, la mayor conciencia ecológica de la población presiona en defensa de los parajes naturales del territorio español que, aunque escasos, son los mejor conservados de Europa Occidental. Los proyectos examinados a mantener España como *reserva ecológica* de Europa no deben hacernos olvidar, sin embargo, que su *privilegiada* naturaleza es fruto del subdesarrollo económico del país en las dos últimas centurias y que cualquier política *conservacionista* ha de contar con los legítimos intereses de los habitantes de las regiones protegidas. Los intentos de unir estos enclaves a través de las antiguas rutas trashumantes o la reforestación de algunas tierras de cultivo poco rentables según la nueva política agraria comunitaria son buenos pasos, pues se apoyan en las subvenciones de la CEE a los agricultores afectados.

Las talas, la irregularidad pluviométrica con sus sequías y lluvias torrenciales, y la devastadora actividad del hombre han

contribuido de manera notable al incremento de la erosión del suelo español. Carentes de defensas vegetales, las tierras se ven sometidas al castigo inmisericorde de las aguas y el viento, que han arruinado parte de la Meseta y de los montes sureños depositando sus suelos productivos en valles y costas. No hay más que observar la ampliación de los deltas del Ebro y el Guadalquivir desde el siglo x, o el relleno de la bahía gaditana y otros *puertos* fenicios y romanos, hoy cerrados al mar, para ratificarlo. Además, las inundaciones y avenidas intermitentes en la baja Andalucía, Levante y litoral cantábrico han acelerado los procesos erosivos, agravados a partir del xviii por la desecación de albuferas y lagunas litorales, el encauzamiento de ríos y la construcción de caminos y edificios sin respetar los desagües naturales.

Al cuadro descrito hay que añadir el peligro de desertización, más acusado en España a causa de su geografía y del clima semiárido de buena parte de su espacio. Un riesgo que se acrecienta al coincidir las regiones amenazadas con aquellas que han concentrado siempre las faenas agrícolas y ganaderas, hasta el punto de provocar la pérdida de algunos parajes en el sureste almeriense o en las Bardenas navarras y amenazar el sureste andaluz, Castilla y Aragón. Los regadíos inadecuados han contribuido también a la destrucción del suelo. Enfrascados en su lucha contra la sequía, los agricultores no se preocuparon muchas veces de preparar los drenajes pertinentes y la acumulación de sales en la superficie terminó por arruinar sus explotaciones.

Si el paisaje peninsular ha soportado profundas mutaciones a lo largo de los tres últimos milenios, otro tanto puede decirse del *espíritu* de sus moradores. Tres mil años nunca pasan en balde, ni en lo *cultural* ni en lo *genético*. Por muy aisladas que se encontrasen las comunidades indígenas, todas ellas fueron absorbiendo, en mayor o menor grado, creencias, técnicas, fermentos creativos... que a la postre se sobrepusieron a las diversidades regionales, herederas de la geografía, para dotar de una cierta homogeneidad a la, por otra parte, multiforme civilización hispana.